

Capítulo 3. Carta N° 3.



Así, pues, no he sido claro; resulta que en mi carta está todo mezclado, que usted quiere las cosas bien ordenadas y, sobre todo, basadas en hechos fehacientes, científicos, instructivos y no ideas abstrusas que, en parte, como acontece en el asunto de los vientres voluminosos, rayan con lo demencial.

Muy bien, queridísima amiga, si usted quiere ser instruida yo puedo aconsejarle un manual, como se hace en las Universidades. Por lo que a mis cartas respecta, ahora mismo le doy la clave: lo que suena razonable, o no demasiado extraño, procede del profesor Freud, de Viena, y de sus colaboradores; lo demencial, eso lo considero yo como mi patrimonio espiritual.

Mi afirmación de que las madres no están informadas respecto a sus hijos la considera usted rebuscada. Por cierto, que el corazón de la madre puede equivocarse -dice usted-, que incluso se puede equivocar más a menudo de lo que ella misma se imagina, que hasta, a veces, puede fallar en cuestiones fundamentalísimas, pero lo que no se debe olvidar es que, si hay un sentimiento firme y seguro, ése es el amor de la madre, el más profundo de todos los misterios.

¿Quiere usted que nos entretengamos un poco con el amor de la madre? No pretendo explicar este misterio, que yo también considero profundo, pero se pueden decir muchas cosas al respecto que corrientemente no se dicen. Las más de las veces se recurre a la voz de la naturaleza, pero esta voz habla a menudo un lenguaje muy extraño. No hace falta que profundicemos en el fenómeno de los abortos que, desde siempre, ha estado a la orden del día y cuyo fin ningún cerebro normal puede prever. Basta con observar durante veinticuatro horas a una madre en contacto ininterrumpido con su hijo. Nadie dejará de notar estados de indiferencia, fastidio, odio. En cada madre se da, además de amor, aversión a su propio hijo. El hombre está bajo una ley que reza: donde hay amor, allí mismo hay odio; donde hay aprecio, hay desprecio; donde admiración, envidia. Esta ley rige implacablemente, y las madres no constituyen una excepción.

¿Conocía usted esta ley? ¿Sabía usted que vale también para las madres? Si usted conoce el amor maternal, ¿conoce también el odio maternal?

Repito mi pregunta: ¿de dónde viene que las madres sepan tan poco de sus hijos? ¿Qué sepan tan poco de una manera consciente? Pues el inconsciente conoce ese sentimiento de odio, y quien sepa interpretar al inconsciente no ha de creer en la omnipotencia del amor. Se dará cuenta de que el odio es tan grande como el amor y que, entre ellos, domina el campo la indiferencia como norma. Y si se adentra por esas sendas menos holladas que se pierden en la enigmática oscuridad del inconsciente, sendas a menudo desdeñadas, es posible que encuentre la respuesta a la pregunta de por qué la madre no sabe, o no quiere saber, nada de su odio contra el hijo, por qué, incluso, todos nosotros olvidamos los primeros años de nuestra vida.

Por de pronto, querida amiga, he de decirle a usted dónde se manifiesta esa aversión, ese odio maternal. Porque así, sin más, sólo por amistad, no me lo va usted a creer.

Cuando en la novela construida según el gusto del público la pareja, después de muchas dificultades, por fin llega a reunirse, acostumbra a acontecer que ella, ruborizada, esconde su cabeza en el ancho pecho del amado y le comunica un maravilloso secreto. Esto es muy bonito, pero en la vida, excepción hecha de la interrupción del período, el embarazo acostumbra a presentarse de manera bastante fastidiosa, en forma de malestar y vómitos. Sin embargo, esto no acontece siempre, y lo digo para que no me vengan con esta objeción. Por otra parte, les deseo a los escritores y escritoras que, en su vida matrimonial, encuentren tan poco los vómitos de las embarazadas como en sus novelas. Pero, de todas formas, usted habrá de conceder

que ello es muy corriente. Y la náusea o el malestar procede de la oposición del Ello hacia algo que se encuentra en el interior del organismo. La náusea expresa el deseo de distanciarse de lo que es repugnante, y el vómito es el intento de echarlo lejos. En este caso, pues, el deseo e intento de abortar. ¿Qué dice usted a todo esto?

Más tarde podría contarle a usted mis experiencias respecto al vómito, tal como se da fuera del campo de los embarazos normales. Se dan, en este terreno, casos que merecen la mayor consideración, curiosas asociaciones del Ello. Aquí quisiera llamarle a usted la atención sobre el hecho de que en estos casos de malestar aparece de nuevo la idea de que la semilla del niño pasa al interior de la madre por la boca, y ello apunta el otro signo del embarazo que crea la repugnancia de la mujer frente al niño, es decir, el dolor de muelas.

Por medio del dolor de muelas, dice el Ello con la suave pero impertinente voz del inconsciente: no mastiques, ten cuidado, escupe lo que con mucho gusto comerías. Por cierto, que tratándose del dolor de muelas de la embarazada la intoxicación por medio del semen del varón es ya un hecho, pero quizá confía el inconsciente en poder todavía dominar a ese veneno, con tal de que no se le sume a éste otro. De hecho, procura, sin embargo, matar el veneno vivo del embarazo precisamente con el dolor de muelas. Pues —y aquí demuestra estar el Ello totalmente falto de lógica y muy por debajo del entendimiento pensante— el inconsciente confunde diente y niño. Para el inconsciente es el diente un niño. Aunque, bueno, pensándolo bien, no me parece del todo tonta esta idea del inconsciente. En realidad, no lo es más que la idea de Newton de ver en la caída de una manzana al mundo entero. Y para mí es incluso digno de preguntarse si la asociación diente-niño del Ello no es más importante y científicamente más fecunda que las conclusiones astronómicas de Newton. El diente es el hijo de la boca, la boca es el útero donde se desarrolla, así como el feto se desarrolla en el útero materno. Bien sabe usted lo profundamente arraigado que está este simbolismo en el hombre, si no no habría llegado a las expresiones boca del útero y labios de la vulva.

El dolor de muelas es, pues, el inconsciente deseo de que el germen del niño enferme y muera. ¿Que cómo sé yo todas estas cosas? Pues esto lo sé —y hay muchos caminos para llegar a tal conocimiento— porque los vómitos y el dolor de muelas desaparecen en cuanto se le hace consciente a la madre su inconsciente deseo de matar al niño. Entonces se da cuenta cuán poco llevan esos medios al pretendido fin, e incluso llega, a veces, a abandonar su tan poco ético y legal objetivo si ve la cosa en toda su crasa desnudez.

También los antojos y aversiones de la mujer en estado de buena esperanza proceden, en parte, del odio al fruto de sus entrañas. Aquéllos hay que atribuirlos a la idea del inconsciente de matar al niño por medio de determinadas comidas. Las aversiones tienen su fundamento en el hecho de que, por medio de asociaciones de la más variada especie, llevan a la madre al recuerdo de la realidad de su embarazo. Pues la aversión al niño es, a veces, tan fuerte —cosa que, por lo demás, no empece al amor que toda madre pueda tener al hijo que espera—, es tan fuerte, digo, que es preciso reprimir hasta su mera idea.

Y así se podría seguir hasta el infinito. ¿Quiere usted oír más? Hace un momento le hablé a usted del aborto, una práctica que el hombre honesto y moral no puede menos que repudiar —públicamente— por todos los medios. Pero la contracepción es, con todo, vista desde un punto de vista científico y en atención a sus resultados, la misma cosa. Y en este caso, sí que no hace falta que le diga a usted lo corriente y generalizada que está. Tampoco es necesario adoctrinamiento alguno respecto a la manera de practicarla. Lo único que merece, quizá, la pena es llamar la atención sobre el hecho de que el quedarse soltera también es una manera de evitar el odiado niño, cosa que, más a menudo de lo que se cree, es el verdadero fundamento de la virtud de la castidad. Incluso una vez celebrado el matrimonio, siempre es posible tratar de evitar que el hombre se acerque. Para ello basta remachar siempre de nuevo, de palabra y de acción —o, mejor dicho, por palabra y por acción— el enorme sacrificio que es el acto para la mujer.

Hay hombres de sobra que creen esta solemne tontería y, penetrados de tímida reverencia, dejan caer su admiración sobre estos seres superiores que, sacrificadamente, se someten a soportar, por amor a los hijos y al marido, esas sucias tareas que atañen al bajo vientre. Para el hombre son los designios de Dios a este respecto incomprensible; mas, ya que hay que engendrar al niño es medio de estos sucios quehaceres, ¡hágase su voluntad! Mas ella ha de mostrarle al hombre cuán profundo es su desprecio por estas cosas; ha

de mostrárselo, pues si no, a lo mejor éste se entera de que existen sucedáneos para sus ternuras, sucedáneos a los que luego difícilmente se renuncia. Y una vez conseguido que el hombre abandone el mísero placer de masturbarse en la vagina de su querida esposa, entonces se le puede hacer responsable de todo molestar, hacerle cargar con la culpa de la triste niñez de los vástagos, de la infelicidad del matrimonio.

Y es más, ¿para qué hay enfermedades? ¿Para qué hay enfermedades, sobre todo, del bajo vientre? Estas resultan agradables en más de un aspecto. En primer lugar, ofrecen la posibilidad de evitar al niño. Luego está la satisfacción de oír de labios del médico que ella ha sido contagiada por su marido, como consecuencia de la vida disoluta de éste; pues todas las armas que una pueda tener en el matrimonio son pocas. Pero, sobre todo –y en caso de que entre demasiado en intimidades, le ruego que me lo diga con toda claridad-, pero, sobre todo, digo, ahí está la posibilidad de poder exhibirse ante otro hombre. Se viven las más hermosas sensaciones en la consulta del ginecólogo, sensaciones tan poderosas que seducen al Ello para que dé lugar a las enfermedades más variadas.

No hace mucho se cruzó una mujercita en mi camino, una mujercita de ánimo sincero. “Hace años –me contó- me dijo usted que se iba al ginecólogo porque se pretendía llegar a sentir sobre sí misma una mano diferente de la del amado, es más, que una se ponía enferma para esto. Desde entonces no he vuelto a que me reconociese el médico ni he estado enferma.” Es hermoso, a la vez que instructivo, oír estas cosas. Y porque es instructivo se lo comunico a usted. Pues lo sorprendente en este caso es que yo no le dije a esa mujer esta verdad crasa y cínica con el fin de ayudarla facultativamente, sino que lo hice con el fin de que se riese o se enfadase. Pero el Ello de la mujerzuela hizo su trabajo, un trabajo que ni yo ni seis médicos más hubiéramos podido llevar a buen término. ¿Qué se ha de decir, frente a estos hechos, de la ayuda que pretenden prestar los médicos? Es preferible avergonzarse, callarse, y pensar que todo marcha perfectamente.

Todo lo importante se desarrolla, también en la ginecología, fuera del marco de la conciencia. Con la inteligencia consciente se escoge al médico, ante el cual una piensa dejarse reconocer, se prueba la ropa a ver si cae bien, se utiliza bidé y jabón, pero ya en la manera en que ella se acuesta delante del médico para reconocimiento falla la intención y el Ello toma decididamente las riendas. Y no hace falta decir que la elección de la enfermedad y el mismo deseo de enfermar son asunto exclusivo del Ello. Pues es el Ello inconsciente, y no la inteligencia consciente quien crea las enfermedades. Estas no son en modo alguno enemigos que vienen de afuera, sino creaciones sabiamente dirigidas de nuestro microcosmos, de nuestro Ello, tan sabiamente dirigidas como lo puedan ser la formación de la nariz y de los ojos, obra también del Ello. ¿O piensa usted que es imposible para un ser capaz de formar a un hombre con cerebro y corazón humanos a partir del espermatozoide y el óvulo dar origen también a un tumor canceroso, una pulmonía o un prolapso del útero?

Sea dicho esto de paso para dejar bien en claro que yo no pienso que la mujer se inventa sus enfermedades genitales por maldad o lujuria. Esta no es en modo alguno mi opinión. Es el Ello, el inconsciente, quien provoca estas enfermedades contra la voluntad consciente, pues el Ello es malo, y lujurioso, y exige su débito. Recuérdele usted que le explique cómo se las arregla el Ello para crearse su propio derecho a gozar, tanto en el bien como en el mal.

No, mi opinión del poder del inconsciente y de la impotencia de la voluntad consciente es incluso tan grande que hasta las enfermedades conscientemente simuladas son para mí expresiones del inconsciente, son una máscara, detrás de la cual se ocultan amplias e ininvestigables regiones de los más oscuros misterios de la vida. En este sentido no tiene la menor importancia para el médico el que se le diga verdad o mentira. Lo decisivo es que él examine con toda paciencia y objetividad lo que el enfermo dice, tanto lo que dice con su boca como lo que dice con sus gestos, que analice los síntomas y que, luego, como pueda, elabore sus conclusiones.

Pero bueno, ya había olvidado que lo que quería era hablarle del odio de la madre contra el hijo. Y a este respecto tengo que mencionar un extraño procedimiento del que se vale el inconsciente. Imagínese usted que puede acontecer –y de hecho acontece- que una mujer desea con todo su corazón la venida de un hijo y, sin embargo, permanece infecunda, no por el hecho de que ella misma o su marido sean estériles, sino porque se impone una corriente en el Ello que se mantiene férreamente en la postura: es mejor que no tengas

hijos. Y esta corriente es tan fuerte que, cada vez que la posibilidad del embarazo es real, cada vez que se introduce el semen en la vagina, el Ello logra impedir la fecundación. Por ejemplo, cierra el orificio del útero, o da origen a un veneno que mata al espermatozoide o al óvulo, o lo que usted quiera. El resultado es que el embarazo no llega a producirse, porque el Ello no lo quiere. Casi podría decirse porque el útero no lo quiere; tan independientes son estos fenómenos de los nobles pensamientos del hombre. También a este respecto debo decir ocasionalmente unas palabras. En fin, que la mujer no tiene hijos hasta que... sí, hasta que el Ello, movido por algún acontecimiento, quizá por un tratamiento, se convence de que su aversión al embarazo es algún resto de infantiles ideas procedentes de los más tiernos años de la niñez. Usted no va a creer, queridísima amiga, qué ideas más extrañas aparecen en la superficie cuando nos ponemos a investigar tales posturas de oposición a la maternidad. Conozco a una mujer, a quien se le ha metido en la cabeza que ha de dar a luz a un bicéfalo, y esto es una consecuencia de infantiles recuerdos adquiridos en verbenas de feria y de una oculta pasión, que oprime su conciencia, por dos hombres a la vez. Una consecuencia de la mezcla de estas dos cosas.

Yo le he dado a estas ideas el nombre de inconscientes; pero esto no es del todo exacto, pues estas mujeres que anhelan un hijo y hacen todo lo posible por alcanzar la dicha de la maternidad, que no saben –y cuando se les dice no lo quieren creer en absoluto- que se oponen al niño, todas estas mujeres tienen una mala conciencia. Y el que no tengan la conciencia tranquila no se debe al hecho de ser infecundas y, por eso, sentirse despreciables, pues hoy día ya no se desprecia a ninguna mujer por ser estéril. La mala conciencia no desaparece con el embarazo. Desaparece únicamente cuando se consigue descubrir y limpiar esos focos de suciedad que se encuentran en las profundidades del alma, esas fuentes envenenadas que contaminan el inconsciente.

Realmente es una tarea muy difícil hablar sobre el Ello. Se pulsa una cuerda cualquiera, y en lugar de sonar un solo tono, se oyen muchos a la vez, se mezclan, se pierden, dan origen a otros nuevos, siempre más nuevos, hasta que acaba por emerger una mezcla de bramido y griterío que absorbe el balbuceo de las palabras. Créame usted, sobre el inconsciente es imposible hablar en sentido estricto, sólo se puede balbucear o mejor, insinuar suavemente esto o lo otro, procurado que no irrumpa el infierno del mundo inconsciente de sus profundidades y lo llene todo de salvajes estridencias.

¿Habré de decir aún lo que opone la mujer al embarazo también lo opone el hombre? ¿Qué, por esta razón, el hombre se hace monje, fanático de la castidad, se queda soltero, se contagia de sífilis, de gonorrea, de orquitis, con el único fin de no tener hijos? Otras veces acaba esterilizando su semen, o incapacitando su miembro para la erección y otras cosas semejantes. No se crea usted que yo pretendo echarle toda la culpa a las mujeres. Si eso es lo que parece, ello se debe únicamente al hecho de que yo soy varón y, por eso, trato de hacer cargar a la mujer con la culpa que a mí mismo me oprime. Pues también es una peculiaridad del Ello el cargar a cada uno con todas las culpas pensables. El Ello se dice a sí mismo: el asesino, el ladrón, el hipócrita, el traidor, ése eres tú.

Por el momento me detengo aún en hablar del odio de la mujer a los hijos, pero tengo que darme prisa, pues no quiero sobrecargar demasiado la carta. Hasta el presente había hablado de la contracepción. Pero ahora tenga usted en cuenta lo siguiente: Una mujer, que desea un niño, recibe en el balneario, una visita de su marido, realizan el coito, y ella, con alegre esperanza y mal disimulado temor, espera la próxima menstruación. La hemorragia no tiene lugar y, dos días más tarde, resulta que tropieza en la escalera, cae, y un relámpago de salvaje alegría cruza su mente: ahora me he librado otra vez del niño. Esta mujer había concebido, pues el deseo del Ello fue más fuerte que la aversión; pero, como en otros mil casos, también aquí se encarga una caída de este estilo de matar al embrión. Trate de informarse usted al respecto entre sus conocimientos y verá cómo se encuentra con toda una colección de sucesos semejantes. Es más, si usted consigue ganarse de verdad la confianza de esas sus amigas –cosa de por sí bastante difícil entre los humanos- podrá escuchar también: en realidad me gustó que la cosa pasase así. Y si usted profundiza algo más en el asunto descubrirá que había motivos insoslayables contra el embarazo, y que la caída fue provocada a propósito, no por la conciencia, se entiende, sino por inconsciente. Y lo mismo acontece con el ser empujada, lo mismo acontece con todo. Usted puede creérmelo o no; pero lo cierto es que jamás ha

habido lugar a un aborto si no es habiéndolo decidido, por razones palpables, el Ello. Nótese bien: jamás. El Ello, cuando gana la supremacía, arrastra en su odio a la mujer a bailar o montar a caballo o viajar, o a ir a visitar a personas que utilizan amablemente agujas, sondas, venenos, o, si no, a caerse o recibir contusiones o a dejarse maltratar o a caer enferma. Suceden, a este respecto, cosas verdaderamente cómicas, donde el inconsciente mismo ni siquiera sabe lo que hace. Así acontece, por ejemplo, que la noble dama, para quien la vida superior comienza por encima de la cintura, se dedica a tomar baños de pies calientes con el fin de abortar inocentemente. Pero resulta que los baños calientes le son agradables al embrión y favorecen su desarrollo. Como usted ve, el Ello, más de una vez, se ríe de sí mismo.

Va a ser difícil que, al final, logre superar mi propia marca en lo que a opiniones impías y descabelladas se refiere, pero ello no será porque me faltan ánimos para intentarlo. Escúcheme bien: yo sostengo la opinión de que el niño nace como consecuencia del odio. La madre está harta de su barriga y de llevar una carga de varias libras, por lo que arroja al niño fuera, y de una manera no precisamente suave, por cierto. Y si, por acaso, no hay lugar a este fastidio de la madre, entonces el niño queda en el vientre y se petrifica. Esto acontece.

Para ser justo tengo que agregar que tampoco el niño quiere seguir encerrado dentro de su oscura cárcel y colabora al parto. Pero esto ya pertenece a otro contexto. Aquí basta con dejar constancia de que debe darse el común y coincidente deseo entre madre e hijo de separarse para que el nacimiento tenga efecto.

Y, por hoy, basta. Suyo siempre..

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck